CON TRESCIENTOS MIL FRANCOS

QUE ME HA PROMETIDO GIRARDIN...

Nunca os ha acontecido salir de casa con leve pié y ánimo dichoso, y al cabo de dos horas de caminatas por dentro de París volver de mal temple, abatido por una tristeza sin causa, con un malestar incomprensible? Y os preguntáis: « Pues señor, ¿qué me pasa?... » Y por más que hacéis por acertar el motivo, no encontráis ninguno. Todos vuestros paseos han sido higiénicos, con las aceras secas, con un sol hermoso; y, sin embargo, sentís en el pecho

una angustia dolorosa, algo así como la impresión de haber sufrido un pesar.

Y es que en este gran París, donde la muchedumbre se juzga inobservada y libre, no se puede dar un paso sin tropezar con alguna miseria invasora que os salpica y os deja su huella al pasar. No hablo solamente de los infortunios que uno conoce, por los cuales se interesa, de esas penas de un amigo que en parte hacemos nuestras, y cuyo súbito encuentro os oprime el corazón como un remordimiento; ni siquiera de esos pesares de personas indiferentes, que se escuchan á medias y os conmueven algo, sin darse uno cuenta. No; los dolores de que voy á hablar son esos para nosotros enteramente extraños, que se vislumbran al paso, en un minuto,

entre la actividad de nuestra marcha y la confusión de las calles.

Son jirones de diálogos entrecortados por el rodar de los carruajes, preocupaciones sordas y ciegas que hablan á solas y en voz alta, hombros caídos, gestos locos, ojos de fiebre, rostros pálidos, abotargados por las lágrimas, lutos recientes mal enjugados por las negras tocas. Además, ¡qué detalles furtivos y tan ligeros! Un cuello de gabán, cepillado y deslucido, que va en busca de la sombra; un organillo de enseñar canto á los canarios, sin voz, girando en el vacío bajo un soportal; una cinta de terciopelo en la garganta de una jorobada, formando un lazo cruelmente derecho entre los torcidos hombros... Todas esas visiones de incógnitas desdichas pasan al vuelo, y las olvidáis

al andar; pero habéis sentido el roce de su tristeza, vuestra ropa se ha impregnado del tedio que arrastran en pos de sí, y al fin de la jornada sentís removerse todo cuanto en vosotros hay de conmovido y doloroso, porque sin percataros de ello os habéis enredado en la esquina de una calle ó en el quicio de una puerta con ese hilo invisible que enlaza entre sí á todos los infortunios y los agita con la misma sacudida.

En esto pensaba yo la otra mañana (pues de mañana, sobre todo, es cuando París pone de manifiesto sus miserias), al ver andar delante de mí un pobre diablo enfundado en un gaban muy estrecho, que hacía parecer más largas sus zancadas y exageraba ferozmente todas sus actitudes. Cargado de espaldas,

meneándose como un árbol con el ventarrón á campo raso, aquel hombre caminaba casi á la carrera. De vez en cuando hundía una mano en uno de los bolsillos posteriores, pellizcaba dentro de él un zoquete de pan y lo devoraba á escondidas, como avergonzándose de ir comiendo por la calle.

Me hace entrar apetito cuando veo á los albañiles, sentados en las aceras, mordiendo con tanto gusto su panecillo tierno. También me hacen entrar en ganas los empleados subalternos al volver, corriendo, de la tahona á la oficina, con la pluma tras la oreja y la boca llena, gozosos de esa refacción al aire libre. Mas, aquí advertíase el pudor del hambre verdadera; y daba lástima ver á ese infeliz sin atreverse á comer sino en migajas el pan que

trituraba en el fondo de su bolsillo.

Llevaba yo un rato de seguirle, cuando de pronto (como ocurre á menudo en esas existencias sin derrotero fijo) cambió bruscamente de dirección y de idea, y al volverse encontróse conmigo de bruces:

—¡Caramba, V. por aquí!...

Por casualidad le conocía yo un poco. Era uno de esos maquinadores de negocios, como muchos que brotan entre los adoquines de París: hombre proyectista, fundador de periódicos imposibles, en torno de quien durante cierto tiempo hubo muchos reclamos, ruido impreso, y que de tres meses á la fecha habíase eclipsado con una formidable zambullida. Después de un hervidero de algunos días en el sitio de su chapuzón, calmóse el oleaje,

quedó todo tranquilo y ya nadie había vuelto á ocuparse más de él. Se turbó al verme, y para poner coto á toda clase de preguntas, y quizá también por apartar mis miradas de sus sórdidas trazas y de sus cinco céntimos de pan, se puso á hablarme muy de prisa y en tono fingidamente alegre... Sus asuntos iban bien, muy bien... Aquello no fué más que un compás de espera. A la sazón tenía entre manos un magnífico negocio... Un gran periódico industrial con grabados... ¡Mucho dinero, un soberbio contrato de anuncios!... Y su fisonomía animábase al hablar, se enderezaba su cuerpo. Poco á poco fué tomando un tono protector, como si ya estuviese en su despacho de redacción; hasta me pidió artículos, y añadió con aire triunfal:

—¿Sabe V.? Es un negocio seguro... ¡Principio con trescientos mil francos que me ha ofrecido Girardin!

¡Girardin! Ese es el nombre que se oye siempre en boca de tales visionarios. Cuando se pronuncia ese apellido delante de mí, paréceme ver barriadas nuevas, grandes edificios sin concluir, periódicos recién impresos, con relaciones de accionistas y de administradores. ¡Qué de veces he oído decir, á propósito de proyectos insensatos: «Habrá que hablar de esto con Girardin!...»

También á ese pobre diablo se le había ocurrido la idea de «hablar de esto con Girardin.» Toda la noche había tenido que estar preparando su plan, formando columnas de cifras; después había salido, y andando y moviéndose, había acabado por redondear tan bien el negocio, que en el momento de encontrarnos pareciale imposible que Girardin le negara sus trescientos mil francos. Al decir que se los había prometido, el infeliz no mentía: no hacía más que continuar su ensueño.

Mientras me hablaba, éramos zarandeados y empujados contra la pared. Estábamos en la acera de una de esas calles tan agitadas que conducen de la Bolsa al Banco, llenas de gentes presurosas, distraídas, absortas en sus asuntos, tenderos ansiosos que corren á cambiar sus billetes, zurupetos de mala facha que se sueltan cifras al oído sin detenerse.

Y al oir todos esos descabellados proyectos en medio de este

gentío, en este barrio de especuladores donde se siente algo como la premura y la fiebre de los juegos de azar, me daba el mismo escalofrío que una historia de naufragio contada en alta mar. Veía yo realmente todo lo que este hombre me decía: sus catástrofes en otras caras, y sus radiantes esperanzas en otros ojos extraviados. Separóse de mí bruscamente, como se acercó; lanzado en ese torbellino de locuras, de ensueños, de mentiras, á lo cual esas gentes llaman con tono serio «los negocios».

Al cabo de cinco minutos habíale olvidado; pero cuando por la noche volví á casa, cuando con el polvo de las calles sacudí también las tristezas del día, volví á ver en mi imaginación aquella cara agitada y pálida, el panecillo de cinco cénti-

mos, y el gesto con que subrayaba esas palabras fastuosas:

«¡Con trescientos mil francos que me ha prometido Girardin!»